

moreátame

publicación
especial
josé morea
chiva 2022

moreátame



morea

áta-
me
asociación
cultural
chiva



AÑO
CHIVA
2022
MoreA



more

átame







***Ahora recuerdo
todo; el universo
fue mi patio y todo
lo demás, manjares
exquisitos.***

Consejo de redacción
Claudio López Sanz
Ernesto Navarro Yuste
Francisco Javier de la Cruz
Malcriado
Francisco José Blay García
Javier Herrero Castellote
José Luis López Sanz
Juan Carrión Miró
Juan Francisco Mejías Gómez
Marcial Martínez «Jarra»
Manolo Sánchez Peris
Óscar Mora Corachán
Roberto Martínez Rodrigo

Entidad colaboradora
Ayuntamiento de Chiva

Ilustración portada
Manolo Sánchez

Diseño y maquetación
Manolo Sánchez

Diseñado utilizando
Los tipos:
Galaxie Copernicus
Galaxie Polaris
Con los papeles:
Portadas: X-Per White 320 gr.
de Fedrigoni
Interiores: X-Per White 140 gr.
de Fedrigoni

Impresión
Gráficas Royanes

Encuadernación
Encuadernaciones Gómez

Depósito legal
V-2218-2022

© de los textos: sus autores
© de las ilustraciones: sus autores
© de las imágenes: los propietarios
y/o depositarios
© de la presente edición:
Asociación Cultural Átame

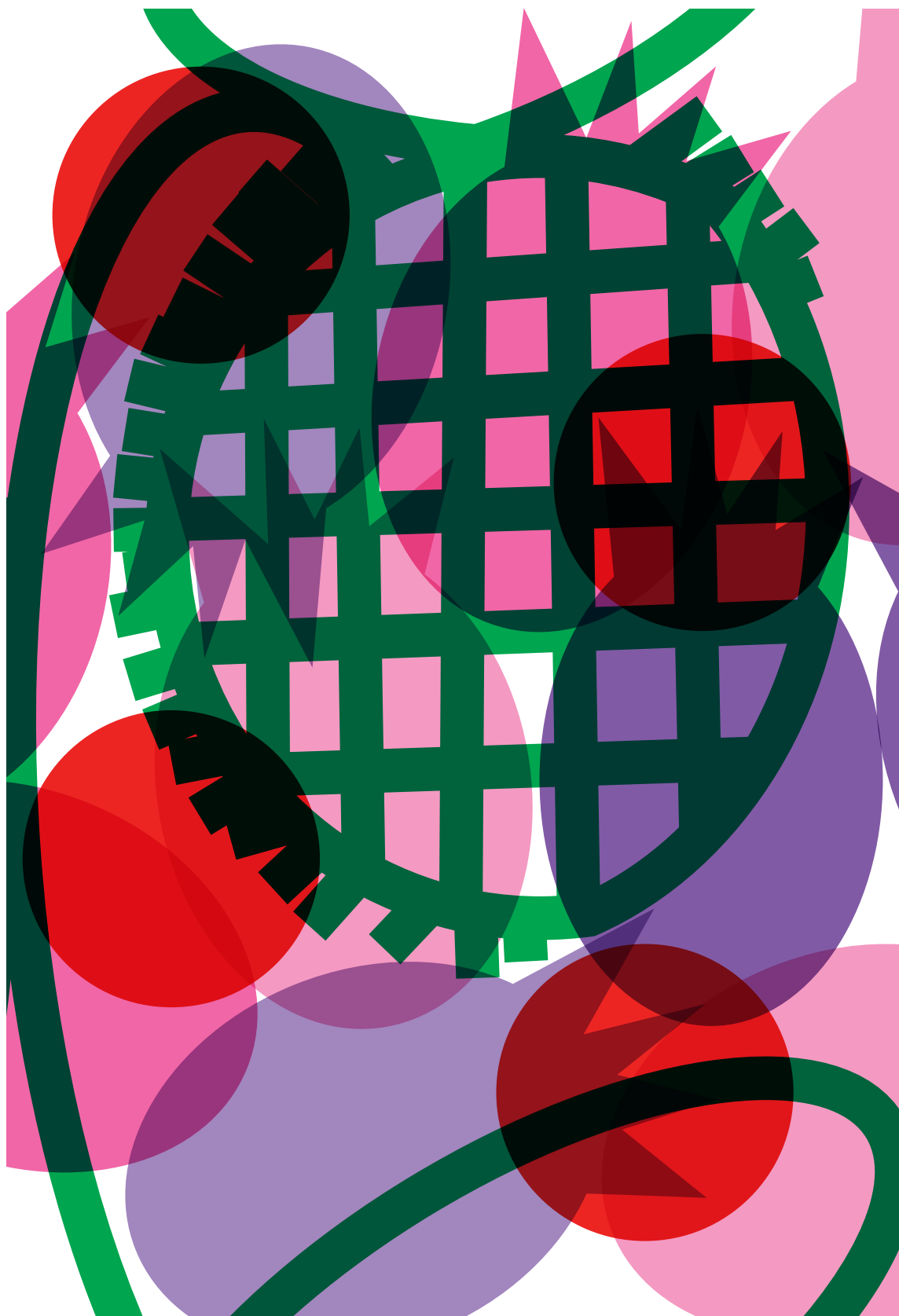
Créditos fotográficos páginas 26 y 27

1	2	3	19	20	21
4	5	6	22	23	24
7	8	9	25	26	27
10	11	12	28	29	30
13	14	15	31	32	33
16	17	18	34	35	36

- Comida de Reyes en la casica de Óscar Mora de Els Conills, año 2009. Foto Óscar Mora.
- Happening turístico, año 2011. Foto Joan Ahuir.
- Comida de Reyes en la casica de Óscar Mora en Els Conills, año 2014. Foto José Morea.
- Colocación de placas reivindicativas con el colectivo Bechinos 252, año 2009. Foto Óscar Mora.
- Almorzando en Ca Atame, año 2010. Archivo Atame.
- De viaje en Sicilia con Isbel Messeguer, Salvia Ferrer e Isma Rumbau, hotel Sul Mare, año 2016. Foto Óscar Mora.
- Colocación de placas reivindicativas con el colectivo Bechinos 252, año 2009. Foto Óscar Mora.
- De viaje en Sicilia con Salvia Ferrer, Óscar Mora, Isma Rumbau e Isbel Messeguer, hotel Sul Mare, año 2016. Foto anónima.
- Con su perra Mina, sin fecha. Foto Toshiyuki Iwasaki.
- En Els Conills en la casica de Óscar Mora con los padres de Toshi, año 2001. Foto Toshiyuki Iwasaki.
- Morea en el teatro romano de Siracusa, año 2016. Foto Óscar Mora.
- Probándose gafas en un mercadillo de Sicilia, año 2016. Foto Óscar Mora.
- De excursión en Viñas con Lucas Mora y Toshi, año 2006. Foto Óscar Mora.
- De cucañas en el Torico de Chiva, sin fecha. Foto Víctor Nohales Morea.
- De cucañas con Pilar García Mora, sin fecha. Foto Claudio Pedreira.
- Con una de sus paellas en su casa, año 2005. Foto Claudio Pedreira.
- Con Charpa y Carmen Alborch, año 2014. Foto Pere Millet.
- Con Claudio Pedreira en casa de Monique, año 2014. Foto Manuel García.
- Con María Jolida, Bia Santos, Claudio Pedreira y Emilio Martínez en Salvador de Bahía (Brasil), año 2010. Foto anónima.
- De siesta con la familia Pelegrí, año 2011. Foto Claudio Pedreira.
- En las fiestas de Septiembre de Chiva con Claudio y Ana, año 2004. Foto Óscar Mora.
- Con Mila, Monique Bastiaans e Isabel Tristán en la Moreasixtyparty, año 2011. Foto Claudio Pedreira.
- Comida de Reyes, año 2001. Foto anónima.
- Aniversario de la Jijonenca en Chiva, año 1998. Foto anónima.
- Viaje a Mallorca, año 1999. Foto anónima.
- Viaje a Mallorca, año 1999. Foto anónima.
- Aniversario de la Jijonenca en Chiva, año 1998. Foto anónima.
- Con su primate Joan Verdú, sin fecha. Foto anónima.
- Con la perra Mina en su secadero de tomates, sin fecha. Foto Claudio Pedreira.
- Con Rosa Santos, Teresa Cebrián, Mavi Escamilla y Cuqui Guillén en el cumpleaños de Emilio, año 2009. Foto Claudio Pedreira.
- Elenco de artistas de la falla Refrito's Saturday Nit, año 2014. Foto García Poveda.
- Con la perra Mina en su secadero de tomates, sin fecha. Foto Claudio Pedreira.
- Con su gato Evita, año 1997. Foto Toshiyuki Iwasaki.
- Con Rafa Pelegrí en su casica de Els Conills, año 2011. Foto José Morea.
- Preparando el ninot para la Falla Refrito's en el taller de Jorge Carla, año 2014. Foto Carlos Carla.
- Con José Sanleón, sin fecha. Foto anónima.

LOSE WIE FREIA

SALVA MARTÍNEZ 22



Est semper messis tempore

POESÍA: JAVIER DE LA CRUZ

ILUSTRACIÓN: EUGENIO SIMÓ

Quizás fue el momento de la pausa lo que me aterró,
en el instante en que todo se deba detener.
Desde el mismo amanecer, nada peor que la ausencia de luz.
Nada... y nada... y nada...
y mil veces nada peor que el tiempo baldío,
y la inutilidad perversa de las horas muertas.
La vida son dos tragos, uno con el sudor de la mañana,
y otro con ginebra.

Busco miradas, palabras y manos, vuelos rasos, brillos,
y vasos a rebosar de besos y caricias.
Quiero pies livianos, mano diestra,
y muslos blancos como de cera
para que la puta locura de vivir me consuma como si fuera una vela,
que en sí misma, y derretida, aguarde en su interior todo aquello,
que conmigo me llevaré de esta tierra; mis cosas, y mis delirios.
Cada día es tiempo de cosecha (Est Semper messis tempore).

Ahora, es el mañana de los vagos, y mañana una palabra sin valor.
Todo gira donde las abejas. Allá en los montes, y en mi sierra vieja.
Me quedo en la explosión de los ojos y las bocas, y en mis miradas,
porque el reencuentro con uno mismo es tedioso, aburrido y ralo,
por eso el jinete desnudo me arrastra cada noche donde los demonios,
y atado a las patas de mi cama, me retuerzo entre sudores.
Quiero a la vieja vigilia y al sabio duende de las tormentas,
quiero espesura, y monte bajo, entre mis piernas.

La vida a trozos, con sus cicatrices y sus letanías, pero la vida al fin,
con cerveza y la profanación aviesa de todos los sentidos.
Bebida, comida y agotadas las existencias.
Retratada y rematada sin piedad.

Atravesada y llena consciencia. Consumida.
Con todas mis extremidades, puesta en buscacaptura,
y las esferas orbitales rumbo al sol, dibujando el mismo infierno
sobre un lienzo de piedra lleno de noches. La mesa está dispuesta.



EDITORIAL

Siempre Morea

ILUSTRACIONES: JOSEP NAVARRO (PÁG.14)

JOSÉ MOREA (PÁG.16)

A

José Morea siempre lo sentiremos como una persona cercana aunque ya no esté con nosotros. Siempre estuvo dispuesto a colaborar en todo aquello que Átame le propuso, colaboró con nuestra publicación de manera desinteresada, aportando imágenes de sus obras, creando originales para ilustrar algún artículo o realizando la serigrafía que cerraría la colección gráfica que creamos desde Átame.

Por ello, si hay algo que nos podía volver a unir no es otra cosa que rendir homenaje a Morea. Cuando se planteó la posibilidad de volver para crear un Átame monográfico sobre el pintor, una asociación que venía de un largo y casi definitivo letargo, despertó unánime y con el entusiasmo del primer día para ponerse en marcha y devolverle con esta publicación todo lo que él merece. Aquí vais a encontrar referencias al mundo que creó, un puñado de anécdotas, algunas historias, homenajes, retratos, versiones, distorsiones o perversiones, como diría el propio artista.

Una de las cosas que se debe valorar de Morea es que fuera artista autodidacta, aprendiendo a pintar por su cuenta, con una sensibilidad especial que le llevó a ser un artista plástico contemporáneo acorde al tiempo que le tocó vivir y con un estilo personal y ecléctico, desarrollando una trayectoria muy íntegra. Cuando lees la infinidad de textos que se han escrito sobre él, todos los críticos coinciden en que la obra de Morea es sincera, que lo que pinta es lo que vive; obsesivo con la pintura, ha hecho dibujo, cerámica, escultura, grabado, serigrafía, ...; pero pintar es por encima de todo lo que más dentro lleva y lo que le identifica. Superando su timidez con hiperactividad, fue un pintor que se lanzó a su trabajo sin miedo y sin reglas.

La constante vital es el guion de la obra de José Morea: su vida, sus viajes, sus casas, sus estudios, sus relaciones, animales, plantas, personas, etc. Muchos han sido los lugares donde ha pasado su vida para poder desarrollar su trabajo: de Madrid a Brasil, pasando por Mallorca o Sicilia, su vida ha sido intensa y plena, llena de sensaciones y de vivencias. La beca Velázquez que en 1981 le concedió la Diputación de Valencia le llevó a Madrid para emprender un viaje sin retorno, él mismo lo reconoce. Allí mantuvo contacto con otros artistas de su época, Cessepe, el Hortelano, Ouka Lele, Luís Pérez Mínguez, etc.; impregnándose del ambiente del Madrid de la Transición y la Movida. Desde aquel



momento, Morea deja de ser un artista provinciano para emprender una vida de viajes y estancias por el mundo, a montar sus estudios en lugares como Italia o Brasil, donde vivir y pintar para seguir con ese viaje que inició en Madrid.

Pero por otro lado hay que decir que nuestro paisano reivindica lo atávico, sus raíces rurales, su amor por la tierra, la agricultura o las personas de pueblo. Es su manera de no perderse en esos viajes que lo llevaron de un lado a otro del mundo. Morea viene de una familia tradicional de agricultores, no se ha criado en un ambiente liberal o ilustrado, cosa que nunca ha negado y le hace más grande. Los únicos estudios que tiene son los de Perito Agrícola, por eso ama la naturaleza y es un defensor a ultranza de nuestras queridas *garroferas*. En ningún momento ha dejado de llevar el nombre de nuestro pueblo allá por donde ha estado, en cualquier publicación o texto de sus catálogos siempre aparece que ha nacido en Chiva, su relación con el pueblo y nuestras costumbres han quedado reflejadas en muchas de sus obras y ha sido un buen embajador de nuestra idiosincrasia chivana. Artista sensible con los temas sociales y con los problemas de nuestro pueblo, a Morea lo podremos recordar como un Quijote contemporáneo, reivindicando causas casi perdidas o apoyando temas sensibles en los que muchos no se mojarían. Sabedor que la figura del artista no acaba cuando se acaba un cuadro, si no que sigue mucho después, manteniendo un compromiso social.

Con esta publicación hemos querido rendir homenaje al artista que un tiempo habitó nuestro pueblo y nos hizo ser un poco mejores, y de alguna manera empezar a apreciar y valorar el legado que nos deja la persona que quería al arte, a los animales, a los árboles y a las personas que hemos sido sus amigos. ●



Ricordo de
um amigo
2022
Chiva Valencas

***Ruinas entre unas
entrañas que no
quisieron alcanzar
al equilibrio, y unas
manos, que nunca
atraparon a la
presa.***



Índice literario

Est semper messis tempore

Javier de la Cruz.

Pág. 13

Siempre Morea

Editorial.

Pág. 15

Elogio de la luz y la memoria

Alfons Cervera.

Pág. 31

Siete vidas en una sola existencia *moreatoniana*

Juan Carrión Miró.

Pág. 35

Recuerdos. José Javier Morea, el niño que coleccionaba las cajas de cerillas

Juan Morea.

Pág. 43

Morea, la Torreta y las garroferas

Claudio López.

Pág. 47

Calle D. Juan, 29

Ernesto Navarro Yuste.

Pág. 53

Al menos no tiene goteras

Marcial Martínez.

Pág. 65

Morea o el artista a contracorriente

Francesc González.

Pág. 71



Índice artístico

Clochina Party para ti

Monique Bastiaans, instalación objetual.
Pág. 8

Vaya Typo

Salva Martínez, ilustración digital.
Pág. 11

Sin título

Eugenio Simó, ilustración digital.
Pág. 12

Sin título

Josep Navarro, ilustración digital.
Pág. 14

Torico revolucionario

José Morea, serigrafía.
Pág. 16

Ricordo de un artista

Saad Ali, dibujo.
Pág. 18

Lirio de José vuelve a florecer

Toshiyuki Iwasaki, acuarela.
Pág. 20

Toro azul

José Morea, pintura y carboncillo.
Pág. 22

La vida está servida

Manolo Sánchez, ilustración digital.
Pág. 24 y 25

Bicicleta borracha

Jorge Carla, dibujo.
Pág. 28

Felicidad y Salud, JM

Ana Morea, ilustración digital.
Pág. 30

AMOREA

Sera Miró, ilustración digital.
Pág. 34

Un mar de fantasías imposibles

María González, ilustración digital.
Pág. 39

«Pombagira» Morea

Mavi Escamilla, ilustración digital.
Pág. 40

Vale por un viaje

Óscar Mora, collage digital.
Pág. 42

Te observo

Fernando Casanova, pintura acrílica.
Pág. 46

De Morea y de Magnífico

Pol Coronado, técnica mixta.
Pág. 50

Uma viagem

Xavier Monsalvatje, collage.
Pág. 52

Las Bairetas

Juan Carrión, pintura al óleo.
Pág. 57

Cosecha propia

Javi Herrero, composición objetual.
Pág. 59

Primera puerta

Carmen Ortiz, escultura en acero esmaltado.
Pág. 60

Artists Love (Selfie en Sicilia)

Isbel Messeguer, serigrafía.
Pág. 64

Serigrafía municipal

José Morea, serigrafía reivindicativa.
Pág. 66 y 67

Matanza

José Morea, técnica mixta.
Pág. 69

Amor a Morea

Jesús Poveda, técnica mixta.
Pág. 70

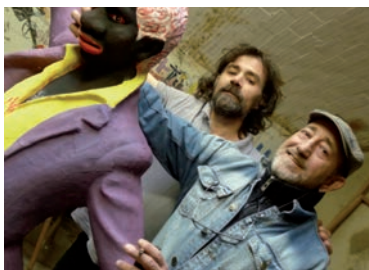
Nadie es profeta en mi pueblo

Roberto Martínez, ilustración digital.
Pág. 74











Costa Pajo
2022

***A los pasos levedad,
a la noche pausa y a
las horas, tambores
de guerra.***



MoreA

Elogio de la luz y la memoria

TEXTO: ALFONS CERVERA

ILUSTRACIÓN: ANA MOREA

*He perdido mis libros de mar
en una mañana de niebla...*

Germán Gaudisa

De aquellos años, ya quién se acuerda. Lo que pasó ayer apenas si va más allá —o más acá— de una vieja canción de Paul McCartney. El tiempo corre que se las pela, como si estuviera huyendo de un fantasma. Casi nadie se acuerda de nada. Somos el país de la desmemoria. Y sin embargo, seríamos bien poco si a vivir no nos ayudaran los recuerdos. No hablo de nostalgia. Detesto ese embellecimiento del pasado que tanto se cultiva cuando la vida nos enseña su cara más oscura. La memoria es otra cosa. Duele muchas veces buscar en sus entrañas. Sé que éramos jóvenes, en aquellos años. Este país salía a trancas y barrancas del horror. Las dictaduras son así: se comen cruda la esperanza. Y ahí estábamos, a ver si lo que venía era distinto a lo que no acababa de decir adiós. Andábamos juntos en esa búsqueda. Yo no escribía, entonces. Él ya pintaba rarezas en papeles que parecían salidos de un montón de desperdicios. Bueno, antes de eso empezó con los caballos que saltaban juguetones sobre charcos de agua. Hablo de la memoria y lo mismo me equivoco si creo recordar que Morea y Sole pintaban esos caballos y esos charcos de agua. Que era en Pedralba, no lo dudo. Él venía de Chiva. Yo de mil sitios que se me antojaban lejanos, definitivamente.

Las afueras del pueblo. Una granja. La carretera era el límite, como suelen serlo todas las carreteras. Dividen. A una parte u otra del asfalto. En una de esas partes, la granja. Allí vivían y allí empezó a usar calendarios y carteles de publicidad para estampar sus primeras rarezas. Para nosotros eran rarezas. Sólo las entendía Vicente García Cervera, que andaba metido en el arte del compromiso y en el suyo propio desde hacía la tira de años. Él, con su magisterio a tantas bandas, nos aclaraba lo que pintaba José Morea, escrito así, su nombre, sin el acento último. No sé si la primera exposición en solitario fue la de la Asamblea Democrática, en la plaza de Pedralba, que no sé si ya había cambiado el nombre del Generalísimo por el de la Constitución. Primero sus obras eran grises, como un cielo nublado, o como una carretera cuando la llenan de niebla las escarchas de la mañana. Después —mejor lo explicarán quienes entienden de eso— se fueron llenando de color. De muchos colores. Mucha vida en esos colores.

Y de repente empezaron a aparecer triángulos como si fueran el oráculo de la divinidad. Entonces ya habían dejado la granja y los límites de la carretera.



Alfons, Sole, Marce y José, año 1983. Foto anónima.

Entonces, la cosa ya parecía que iba en serio. Lo que no sabíamos es que la cosa del arte, para Morea, siempre había ido en serio, aunque a los demás nos sonaran a chino sus aspiraciones.

Ya no era el soporte un calendario viejo o el cartel anunciador de una marca de pienso para cerdos. Eran «cuadros» de verdad. Enmarcados. Tela tensa sobre la que deslizaba, con una rapidez de astronauta, paisajes humanos con pinta de extraterrestres. La vida era el punto clave, el *aleph* borgiano desde el que arrancaba todo lo que construía, el mundo que empezaba en su cabeza y se convertía en otros mundos con los que ahora ya nos identificábamos, por más que desde nuestra ignorancia siguieran siendo mundos absolutamente desconocidos.

Lo que me deslumbraba era la luz. Entrabas en los altos de la casa y allí, sobre un trípode, había una caterva de luces. Sí, entonces el deslumbramiento.

A mitad de los años ochenta, las cosas empezaron a cambiar. La transición quedaba atrás. Hubo como una especie de invención de la alegría. La música. La literatura. El cine. El diseño, no olvidemos el diseño que ahora ha vuelto con la fuerza de lo novedoso. Nunca sentí cercana la *movida*. Nunca. Ahí se metió Morea a tope. Anduvo becado en la madrileña Casa Velázquez y su mundo empezó a ser otro, tan diferente al de antes. En el regreso ya se convertiría en un artista de los llamados consagrados. Su vida también fue otra a partir de entonces. Un rato antes, cuando aún andaba con sus triángulos oraculares y sus colores vivos en los altos de la casa, llenó una pared del pueblo con su particular

gernika contra la OTAN. Ahí anduvimos mucha gente, ayudando a que la política fuera la de la dignidad y no la de la indecencia y las traiciones. En mi memoria, ese mural sigue ocupando un sitio preferente, un recuerdo rabiosamente insobornable en lo que fueron aquellos años ya tan lejos en el tiempo y en todo.

Después ya sólo nos veíamos de vez en cuando. La vida nos lleva por lugares distintos. Sabía de Pepe Morea (así lo llamaban, aunque a mí siempre me gustó llamarlo como cuando nos conocimos, con ese Jose que ha perdido el último acento) por amistades comunes, por la prensa especializada, por algunas entrevistas que aparecían en los medios. Pero lo que no desapareció nunca fue la certeza de que los amigos —se diga lo que se diga— son para siempre o nunca lo fueron. Desde lo lejos, ahí anduvimos siempre. Era imposible no quererlo. Ya podían pasar años sin vernos y cuando nos encontrábamos donde fuera era como si estuviésemos pintando de nuevo aquel mural contra la mierda de vida que es la marcada por las guerras.

Un día me dijeron que se había muerto.

De repente, el tiempo se convirtió en muchos tiempos, en edades amontonadas, en una suerte de infinita tristeza porque como dice José Saramago siempre uno se muere antes de tiempo. «Quieres estar allá solo y tranquilo», escribió Luis Cernuda. Ayer es más que una de las canciones más hermosas que he escuchado nunca. Es el tiempo que compartí con un tipo extraordinario. Y estas líneas son el recuento apresurado de lo que vivimos juntos cuando la vida era muchas vidas y aún no habían empezado a convertirse en memoria. Como ésta de ahora que nos devuelve a lo que fuimos. No sé si a lo que somos porque lo que somos lo vamos haciendo cada día. Pero seamos lo que seamos, seguro que José Morea va a seguir estando donde estemos. Como siempre ha sido. Como siempre. ●



Siete vidas... en una sola existencia *moreatoniana*

TEXTO: JUAN CARRIÓN MIRÓ

ILUSTRACIONES: SERAFÍN MIRÓ (PÁG. 34)

MARÍA GONZÁLEZ (PÁG. 39)

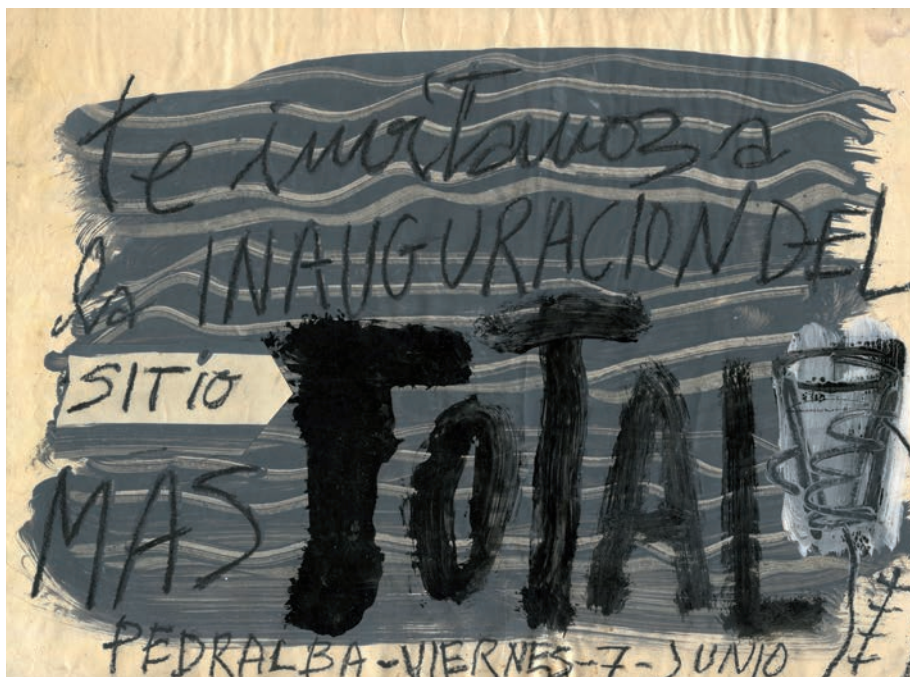
En su última exposición en el MuVIM, en octubre de 2019, Pepe se jactaba, sarcásticamente, de haber «vencido al bicho», a la muerte, con la que llevaba algunos meses debatiendo. En esta exposición premonitoria, de título *Moreatón*, el artista chivano mostraba irónicamente y, como un talismán, una esotérica trinidad: tres momias (entre ellas la J.M.), como otras que han configurado su aparato simbólico, a lo largo de su trayectoria. También varios árboles (cedro, ciprés), con formas sinuosas y muy verticales, repletos de aves. Unos elementos que incitaban, como el propio título, a la reflexión, a la meditación mística sobre nuestro tránsito por la vida y la preparación para afrontar el último viaje al más allá: esa gran ascensión, esa gran aventura.

Entonces se burlaba de la muerte: «soy cáncer, pues hala, jódete», porque el pintor de las siete vidas, de los siete viajes, como siempre, afrontaba esta nueva etapa, con esta vitalidad, con esa ironía, que siempre le caracterizó y que ahoga cualquier prejuicio y cualquier penitencia. Porque su pintura era pura ironía, entendida ésta, como inteligencia y comprensión, como libertad y compromiso; como un Leviatán que hace temblar la realidad, para acabar con lo perfecto, con lo limitado, con lo finito, con lo establecido, con lo sublime; para poner en evidencia a los propios dioses y mostrarnos todas las dimensiones del Ser que, dicen, son siete, como el número de artes o de elementos, de maravillas o de milagros.

Pepe sabía que quien huye de la muerte se aleja más de la vida y que solo el que ama la vida, no teme a la muerte. Por eso en su obra la vida juega con la muerte, copula con ella; se metamorfosean. Eros y Thanatos danzan por sus cuadros volcánicos, jocosos, para homenajear al hombre y a la madre naturaleza. Sus representaciones revelan la dualidad humana, como ese Prometeo confuso que representa la bestialidad y el amor, lo divino y lo terrestre, lo finito y lo eterno. Porque el hombre es presencia del bien y del mal, es un ser ávido de amor y sangre, como la Esfinge, que crea y devora, que, como la tierra, es útero y sepulcro.

Nuestras almas se reflejan a través del espejo de Isis como dos efigies contrapuestas; como los dos caballos de Platón; por eso Morea utilizó la máscara, como el bufón o como Ubú rey, para poner nuestra identidad errática en evidencia, todo nuestro caos, para mostrar todas nuestras contradicciones, sus propias paradojas. Para reírse de la existencia, siempre irrisoria, y convertir cualquier dogma, cualquier juicio, en conciencia, en risa.»

Cada imagen, cada una de sus figuras, se convierte en un autorretrato, como él mismo reconoció en la inauguración de esa última exposición que hemos mencionado: «soy muy autobiográfico y por eso es algo de momias y sexo». Y



Cartel inaugural de TOTAL, año 1987.

añadió: «la muerte la tengo asumida, la he visto mucho». Este nómada, que rompió todos los moldes y todos los géneros, siempre viajó, en todas sus vidas, en completa libertad, con valentía, con optimismo, calzado con las botas de las siete leguas; porque para él, cada viaje era una nueva oportunidad, una nueva epopeya. Sabía que somos movimiento y que solo el movimiento nos nutre, nos descubre nuevas perspectivas y percepciones.

En otra de sus últimas muestras «7 Siete series, viajes y vidas de Morea», en 2018, este fervoroso caminante, nos mostraba la importancia del viaje, de la búsqueda, en su obra; la trascendencia de pasar de un espacio a otro, de un tiempo a otro, de una dimensión a otra, del lugar al no-lugar, de la memoria al caos, para seguir soñando, imaginando, fraguando; para seguir viviendo. Él no dudó en surcar los siete mares, las siete esferas o los siete cielos; y pudo saborear los siete metales, las siete virtudes y los siete pecados, los siete dones y los siete dolores, las siete plagas o los siete sacramentos con que nos expían los siete arcángeles, titánicos como las siete cabezas de la bestia; y escuchar las siete palabras que son fundamentales como las siete vértebras que nos componen, como las siete notas musicales, como los siete colores, como las siete sílabas que forman ese patético verso de arte menor que ralla nuestras siete conciencias. Como el poema heptasílabo que recogió la «Visio Philiberti», en la que luchan, en encarnizado combate, el cuerpo y el alma.

Las huellas de ese fructuoso y deleitoso tránsito de casi siete décadas, de ese prolongado *Moreatón* olímpico, adquirirán forma de provocadores y apa-

sionados cuadros, pintados en Madrid, en Barcelona, en Mallorca, en Hong Kong, en Oporto, en Desterro, en Sicilia, en el *Trastevere* o en *Bechinos*. Su esencia, está presente en cada uno de ellos, así, lo podemos imaginar escuchando música con una geisha posmoderna, pintando con el diablo o Cagliostro a sus espaldas, metido en su «pajarera», entre cebras alcohólicas y cerdos nostálgicos, paseando por los jardines surrealistas de *Bomarzo*, danzando en el carne-aval caníbal en Salvador de Bahía, o comiendo paella psicodélica, entre rodajas de sandía volando, como en un almuerzo del Torico. También en «Ca Àtame», ese local que compartimos en agosto de 2010, cuando nos dedicó una cáustica serigrafía para ayudarnos en la financiación (que, además, generó más de una divertida anécdota).

Porque este viajero empedernido, siempre tuvo un gran compromiso con su pueblo al que regresaba periódicamente y por una larga temporada. Porque, tras ese feraz periplo, precisaba regresar a su «matria», al lugar donde habitan los recuerdos, los afectos más íntimos. Necesitaba volver a sentir sus gentes y sus paisajes, como Marjana, la Landiga, el Armajal o las Bairetas; esos paisajes del alma, donde se abren de golpe los armarios del Ser, los «almarios» y se respira una atmósfera de vivencias crepusculares. Porque el hombre anhela beber de las fuentes originarias, el retorno del mito, la vuelta al origen, al espacio regido por la significación, sagrado, como la Arcadia, como la Tipasa de Camus; al lugar tranquilo que cantó Lucrecia.

Novalis afirmaba que el espacio es un órgano del mundo, y por ello el hombre construye su vida forzosamente en un paisaje. Las dimensiones espacial y temporal, se convierten en un binomio inherente a lo humano, se funden en un territorio indefinido, inquietante, como la Macondo de García Márquez, el Dublín de Joyce o la Mágina de Muñoz Molina. Sitios que son más que una geografía en el mundo, un estado de ánimo. Ciudades imaginarias donde el pasado se dibuja en el presente, se abre hacia el porvenir. Lugares de memoria, evocadores de recuerdo, que reabren la tentación del pasado y del futuro; donde el pasado se convierte en ensoñación de futuro; donde se edifica la utopía. Vestigios que son conciencia de una carencia, conmovedora expresión de una ausencia, puro deseo.

Chiva será para él, un espacio para el recuerdo y la profecía, metáfora y metonimia de la vida; porque la memoria, como el río Heracliteo todo lo arrastra; porque recordar es reavivar. Sus montes regeneradores serán el oasis mágico donde descansar el séptimo día, para curarse de las siete heridas, para concluir un ciclo saturnal. Su casa será el templo edificado sobre siete pilares, iluminado por el candelabro de los siete brazos, donde abrir el séptimo sello, para que salgan los siete espíritus de la creación. El retorno del lugar mítico se convierte en una meditación trascendente; el viaje al pasado es, en realidad, un viaje misterioso hacia nosotros mismos. Porque el hogar y sus afectos es el rincón idóneo para encontrar nuestro Ser en el tiempo, donde prolongar nuestro viaje más allá de nosotros mismos, hacia los otros, cerrando el círculo infinito de la existencia.

En ese paisaje amable es donde se unen los dos horizontes temporales a los que hacía referencia Husserl, el subjetivo y el objetivo, el tiempo del alma y el

del mundo, el cósmico; el sentido, como vivencia, de los agustinianos, o aquel que la tradición aristotélica define como medida del movimiento. Dos formas de tiempo, el inmanente y el trascendente, que no pueden reducirse la una a la otra, de ahí su carácter aporético. Ya incidió Bloch en la simultaneidad de tiempos que caracteriza a nuestra época; sobre ese mestizaje de tiempos que configuran lo humano. Cada uno lo experimenta de una manera y nadie es contemporáneo de nadie, ni siquiera de sí mismo; cada mirada construye su propia visión, cada una construye su propio espacio, que va metamorfoseándose, de la misma forma en que el hombre cambia para persistir en su epopeya, para seguir soñando, soñándose.

Decían los argonautas que navegar es preciso, pero vivir no. Sabían que no hay vida sin travesía; que se viaja, alternando sensaciones e ilusiones dentro de uno, y que todo el espacio lo contiene, uno, en su interior. Que uno mismo es pasajero, nave, océano y universo. Al andar el hombre marca su espacio y su tiempo; al viajar sediento por la esfera del tiempo, en continuo peregrinaje en búsqueda de su ser, en perpetuo trance de significación, el hombre va construyendo el espacio. Un hombre que, en realidad, sólo es tiempo fugaz e inaprensible, sólo es presente, ilusión.

Quizá la muerte, pues, no sea, como la vida, más que eso: ilusión; y lo de Morea no sea un simple «adiós», sino un mordaz «hasta luego». Quizá nos encontremos con él en otra dimensión, más allá del artificio, y nos unamos a una de sus interminables y divertidísimas fiestas en su laberíntica y sugerente casa de Bechinos. Porque el «hijo pródigo», sabía que la vida puede no ser ese peregrinar por ese «mundo de sombras» que describió Novalis, hasta cruzar la laguna Estigia; que la existencia no la puede condicionar ese ancestral temor del que hablaba Cernuda, de irnos solos a la sombra del tiempo. Y nos enseñó con imágenes a sentir pasión por la vida, a lanzarse sobre ella a tumba abierta, sin contemplaciones y sin tregua, sin dejarse morir, sin la obscenidad de la queja.

Sus obras son un torrente de imágenes y asociaciones regenerativas, como el agua de la rambla que taja nuestra villa, que escapan del tiempo, como ocurre con la *Magdalena* de Proust o los viajes incestuosos de Ulrich; nos permiten reconocer en un solo día, el séptimo, todos los momentos de su existencia; de todas nuestras vidas. ●



*En las manos
y la mente
del artista,
nace un mar de
fantasías imposibles.*



002 RETRATO DE M.E.-POMBA GIRA MOVEA

***Estallaron las
reglas a su paso, y se
quedaron inundadas
de ojos y bocas las
aceras.***



6 5 4 3 2 1

A

龍茶

中國福建烏龍茶

張字 AT 206



CHINA FU



張字 AT 206

Atracciones MARIO

SIRUT

Vale por un viaje por persona.



PAINTING

STENCILS

3-inch (103)

REUSABLE

O

Thanks

for buying and using
We hope you are pleased



MARCA

REGISTRADA

DOCTOR TELE
ANTENNA
TV. VIDEO
REPARACION INMEDIATA
93 407 11 11
PREGUNTE EN SU TV. O VIDEO

R

L



PERDONEN LAS MOLESTIAS

Recuerdos. José Javier Morea, el niño que coleccionaba las cajas de cerillas

TEXTO: JUAN MOREA
ILUSTRACIÓN: ÓSCAR MORA

Desde que nacemos y conforme pasan los años, va fluyendo la vida y sin darnos cuenta, los podemos confundir con algunos sueños... porque todos hemos soñado alguna vez. Hay recuerdos buenos y otros que no lo son tanto; y nos gustaría quedarnos solo con los primeros; pero no siempre lo conseguimos del todo: la memoria es la memoria.

Hoy toca recordar al pintor José Javier Morea Margós que nació el 16 de julio de 1951 en el número 3 de la calle Bechinos. Mi primo hermano, que ya nos ha dejado. El agricultor que siempre soñó con ser pintor. Y que lo consiguió.

Mucho se ha escrito sobre su figura como artista. Por eso, en este artículo quisiera hablar del niño que fue, de su infancia, de cómo su espíritu inquieto fue despertando en él, el interés por la pintura, que tan magistralmente aplicó en la edad adulta. Desde que nacimos, nos hemos criado juntos porque nuestros respectivos padres convivieron los primeros años en la misma casa. Un tiempo más tarde, su familia se mudó a otra vivienda muy cerca de la nuestra, frente a la Torreta. Compartíamos muchas cosas: juegos, convivencias y la fraternal compañía de nuestra abuela Teresa, que a causa de un ataque cerebral estuvo paralítica durante más de doce años.

Enseguida llegó el tiempo de empezar la escuela. Primero fue en ‘Las Monjas’. Compartimos aula con Sor Patrocinio y luego con Sor Celia, que nos quería mucho. Recuerdo que más de una vez nos mandaban a los niños, sentados en el suelo, picar trementina que luego utilizaban las monjas para hacer jabón. Al terminar y levantarnos... ¡había que ver las manos tan pegajosas que se nos habían quedado!.

También me viene a la memoria en invierno, algunos domingos por la tarde, cuando en el túnel, las monjas nos ponían audiovisuales en blanco y negro, y que a veces eran las películas de la época, —sobre todo las de humor protagonizadas por Charlot— y otras veces eran documentales sobre temas y personajes de Chiva: nosotros no los conocíamos de nada, pero al llegar a casa y contarlos, mis padres reconocían enseguida, como por ejemplo Don Manuel Silvestre. Estos documentales, al cabo de unos años, salieron en formato video o DVD con algún periódico y posiblemente estén en la Biblioteca de Chiva o en el propio Ayuntamiento.

También recuerdo con especial cariño el año que las monjas eligieron a unos pocos niños, entre ellos mi primo José y a mí, para actuar en una obra de teatro. El tema estaba basado en personajes de cocina, cantando y bailando, como si fuera un pequeño musical: pero por algún motivo que desconozco, al final no se hizo la función.

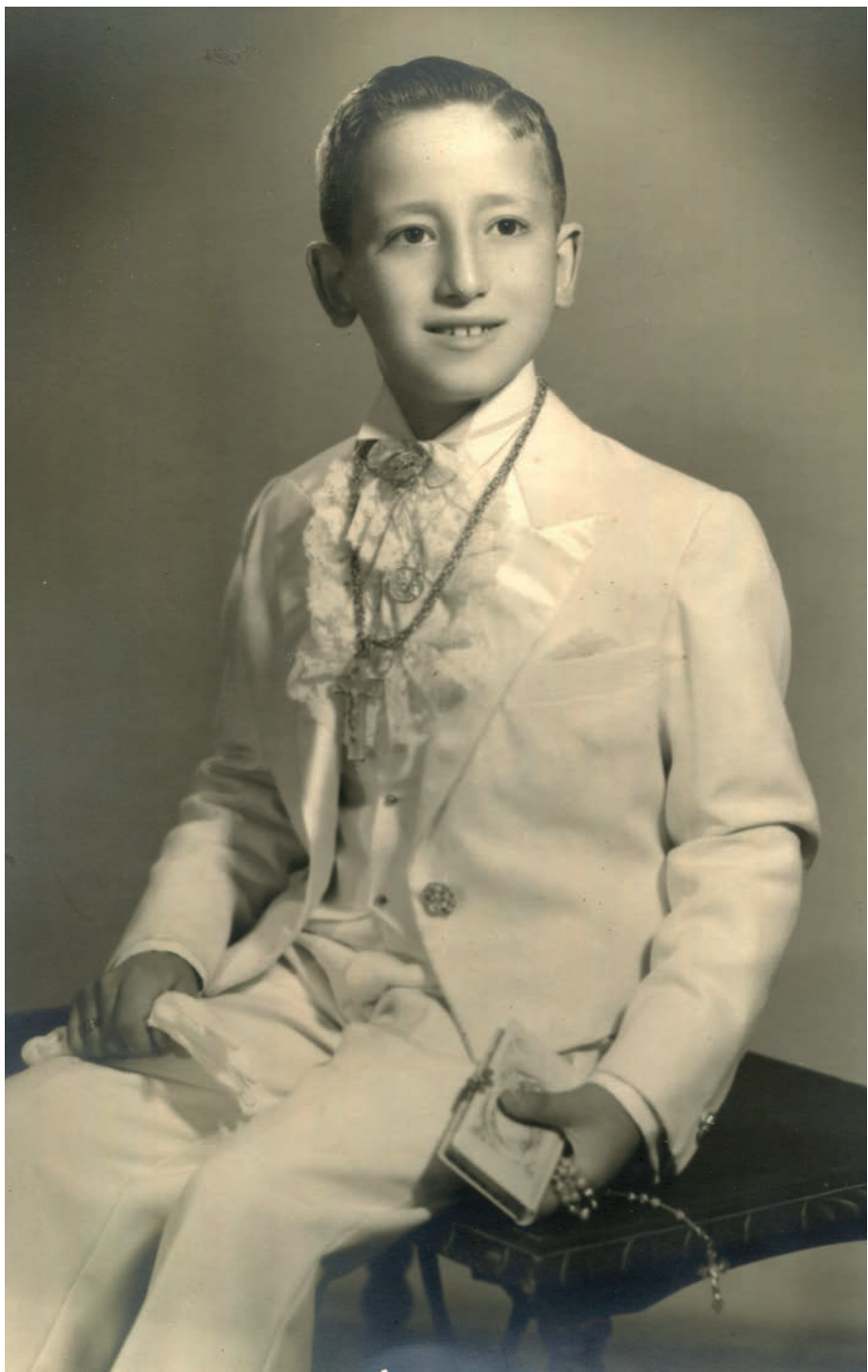
Rozando los diez años llegó la Primera Comunión. Nuestras madres, por algo de picardía quizás, no se dijeron el traje que íbamos a llevar y al final la sorpresa fue que los dos fuimos con el mismo traje: de Príncipe de Gales, todo blanco. José Javier además llevaba en la mano derecha una vela de plástico con una luz artificial que iba con pila. Era el único «comunieronero» que la llevaba, era algo que no se conocía en Chiva.

Después llegó el tiempo de ir al Grupo Escolar de Doctor Corachán y los fines de semana tocaba ayudar a nuestros padres a cuidar a los animales. Los suyos tenían muchos: vacas, novillos, cerdos, gallinas, etc. También hacíamos juegos por la calle, como carreras, saltos... todo con los chicos del barrio de Bechinos. Enseguida conocimos a otros muchachos que vivían en la calle Pedralba y éstos a su vez conocían a otros que vivían en los barrios altos; en poco tiempo nos integramos con ellos y formamos nuestra primera cuadrilla. Creo recordar que nos llamábamos la peña «El Desastre».

Por estos años comenzamos a ir al cine. A él le gustaban mucho las películas de indios y vaqueros. Pasado el tiempo vimos uno que se llamaba el «Loco del Pelo Rojo», con Kirk Douglas y Anthony Queen, que trataba sobre la vida del pintor Vincent Van Gogh. A los pocos días nos dijo lo que le había influido esta película y las ansias que tenía por pintar.

El pintor que llevaba dentro ya empezaba a emerger. A partir de ahí, eran muchos los aspectos de su vida en los que volcaba su mirada de artista. Un ejemplo era su pasión por las cajas de cerillas. Las guardaba y abría meticulosamente para guardarlas en tacos sujetas por una goma. Las cajas llevaban en una cara dibujos de animales, sobre todo de pájaros, y en la otra cara una breve descripción del animal, con la firma del dibujante: «Cerra». Mi primo las dibujaba en papel. Estas son las primeras creaciones artísticas que yo recuerdo de mi querido y añorado primo.

Poco a poco fue forjando su estilo, que no todos entendíamos. Yo, de hecho, cuando veía sus primeros cuadros, me quedaba algo extrañado y le preguntaba: «Primo, ¿Cómo se llama esta forma que tienes de pintar?». Y él me respondía que en la pintura hay diferentes estilos y el suyo se llamaba surrealismo. Unos doce años tendríamos. Él ya era un artista. ●



Retrato de la 1ª Comunión, año 1961. Foto Estudio Orly.



Morea, la Torreta y las garroferas

TEXTO: CLAUDIO LÓPEZ

ILUSTRACIÓN: FERNANDO CASANOVA

Desde las entrañas de la «plastica vieja» se siente el rugido de un tractor que se acerca con estruendo hacia la iglesia. A los mandos, como si pilotara un descapotable por una playa de moda, nuestro amigo Pepe Morea, radiante, sonriente, saludando a diestro y siniestro; quien no lo conoce no puede imaginar todo lo que arrastra este hombre sobre sus espaldas: Premios, exposiciones, fama internacional, entrevistas, notas de prensa, reportajes televisivos, vinos de honor, reseñas, colaboraciones, polémicas, ágapes de lujo, cantos de sirena, ofertas deslumbrantes, ciudades universales, cientos sino miles de obras, ... pero él sigue aquí, en Chiva, arraigado como una *garrofera* a su tierra.

En tiempos de canción protesta, de la *nova cançò*, Raimon popularizó en su canción «Jo vinc d'un silenci» una frase que se ha convertido en definición del arraigo, del sentimiento de pertenencia: Qui perd el origens perd identitat / quien pierde los orígenes pierde la identidad, aforismo que ya había sido utilizado entre otros por Salvador Espriu o Santo Tomás de Aquino y que no viene más que a recordar algo que aquellos posmodernos de los 70' y 80' parecieron olvidar. Renunciaron a sus raíces, se declararon apátridas, ser ciudadano del mundo se convirtió en símbolo de posmodernidad, incluso muchos llegaron a avergonzarse de su tierra y a mofarse de quienes la reivindicaban. Pero el tiempo les demostró que renunciar a los orígenes no es más que renunciar a parte de nuestra identidad, el sentimiento de pertenencia es un elemento fundamental en la definición y cohesión de la identidad personal y cultural.

Por desgracia Chiva no vivió ajena a esta corriente y tras el fin de la dictadura militar y con la llegada de la libertad sociocultural y la posmodernidad mucha gente empezó a desarraigarse, parecía que estar a la vanguardia sin renunciar a tu pueblo era misión imposible, había que salir del pueblo e irse a triunfar a las metrópolis ¡Qué pocos éxitos! ¡Cuántas decepciones!

Paradójicamente, justo en la orilla opuesta a esta tendencia encontramos a nuestro artista más internacional, Morea, puede que gran parte de su éxito lo deba al no haberse dejado arrastrar por las corrientes de las modas, pero sin duda alguna si hay un símbolo de vanguardia y posmodernidad artística en Chiva este sea Pepe Morea, un icono del mundo del arte que renovó el lenguaje pictórico de finales del XX y que nunca tuvo necesidad de perder sus raíces, que se declaró chivano allá por donde anduviera.

Siempre fue un placer y una alegría encontrarlo por la calle o visitarlo en su casa, nunca renunció a un saludo emotivo, a unas palabras divertidas, irónicas,



Labrando en Urrea, año 2011. Foto Ana Morea.

curiosas o transcendentales, a una cerveza fría en verano o a algo *calentico* en invierno, siempre había algo que decir, tras su aparente timidez se escondía una persona entrañable, atávica, amante de su pueblo y de sus gentes que nunca se escondió de ellos. Nació en Chiva en el seno de una familia de agricultores y acabó sus días en Chiva subido a un tractor, esto define la esencia del ciclo vital de Pepe Morea.

Recuerdo que, allá por los primeros noventa, adquirí en una subasta una obra suya que había donado para recaudar fondos para la Plataforma para la Protección y Conservación de la Sierra de Chiva. Hice un esfuerzo económico importante para mí en aquel momento y cuando me adjudicaron la obra me dijeron que pasara por casa del artista a recogerla. Cuando abrió la puerta y me vio espetó perplejo: —¿Chico tú? Estallamos entre risas y abrazos, nos conocíamos de antes porque mi padre era amigo de su familia y le había comprado alguna obra, pero nunca habíamos intimado; le dije que me gustaba su obra y me hacía ilusión tener una. Me invitó a pasar y entre cerveza y cerveza mientras rociaba con una aerosol de laca Nelly la obra me hizo una pregunta que me dejó un poco estupefacto: ¿Pero a ti de verdad te gusta esto?— señalando el cuadro y con cara de expticismo. Fue el principio de una gran amistad.

Nunca pintó por dinero y nunca renunció a sus orígenes, fue transgresor o como él prefería decir «perversor», por todo ello quizás se convirtió en un referente del arte internacional y en un icono local. Su obra y su persona recorrieron el mundo, fue un nómada recibiendo el reconocimiento allá por donde

anduvo, Italia, Francia, Brasil, Hong-kong, Chile, Uruguay, Portugal, Perú, .. vivió en infinitud de lugares pero siempre tuvo en su Chiva natal, su norte, su referencia, su Itaca personal.

Siempre estuvo unido a su pueblo y a sus gentes, no hubo causa en la que no participara: La protección de la sierra, la reivindicación de la Mutua, la salvación de la bodega, la conservación de las *garroferas*; participó de cualquier movimiento cultural o social que se gestara en Chiva: Átame, Bechinos 252.

Por todo ello, Pepe Morea, sí fue profeta en su tierra y los edificios más emblemáticos del pueblo, no sin controversias, tienen o tuvieron su huella. El mural del Ayuntamiento que fue mandado emblanquinar por un concejal ignorante o malévolo; el «profeta en su tierra» de la iglesia que un párroco integrista descolgó y escondió porque «no inducía a la oración»; o el mural del cine Astoria son algunos de los ejemplos que evidencian la comunión entre el artista y su pueblo.

Su casa siempre estuvo y estará en Chiva, abierta a sus gentes, junto a la Torreta, nuestra edificación más emblemática, en la plaza que siempre llevará su nombre y su recuerdo, juntos, Morea y Torreta permanecerán para la eternidad cual *garrofera* centenaria desafiando las modas y recordándonos quienes somos y de dónde venimos ¡Qué bella coincidencia! ●



***Quiso viento y
pisó tierra, quiso
caminos, y tomó
de todos los vinos
de las tabernas.***

MOVIMIENTO DE ALMACEN

ENTRADAS

Dia de 200522 de 198

Nº 05413

Nº

PROCEDENCIA

ARTICULO

Unidad

Cantidad

Precio unitario

TOTAL



0109080

VÁLIDO PARA UMA VIAGEM

VALID FOR ONE TRIP

487

ETRICO

JM

Conto

nt

13

A

S

2

2160

70

m

700

2650

1115

1330

1620

1431

UCADIS
SODACADIS
UCADIS

Huerta de
Amar

TAI 60
a. 35

La Parra

El Encino

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

PRESENTAR JUNTO RUTIN
INICITY 0072
CI THY
18.07 11.15
14.56
VALENCIA N
HORA DE LLEGA
A
TAI 60
a. 35

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

La Parra

a Morea

X. Monfalva 22

29
PLANO
DE
CHIVA
Escala Media
1/3649

Calle D. Juan, 29

TEXTO: ERNESTO NAVARRO

ILUSTRACIONES: XAVI MONSALVATJE (PÁG. 52),
JUAN CARRIÓN (PÁG. 57), JAVIER HERRERO (PÁG. 59)

Lo que sea que termines haciendo, ámalo, como amabas la cabina del Paradiso cuando eras niño. Cinema Paradiso

Nació un 16 de julio de 1951 en la casa de Bechinos 3, propiedad de la familia. Allí, y durante casi diez años, coincidieron viviendo tres generaciones de la familia Morea Busó; la abuela Teresa Busó, viuda de Javier Morea, ex alcalde de Chiva durante la República y represaliado del franquismo. Y sus dos hijos Juan y José, casados y con algún hijo ya cada uno de ellos.

Cuando heredaron y terminaron de rehabilitar la casa de la calle de D. Juan, en «La Torreta», y que era propiedad de su otra abuela Ana María, la familia de José Morea y Ana María Margós, se trasladaron a vivir allí, a la misma casa que, más de sesenta años después, se está convirtiendo en una especie de museo que alberga la infinidad de inquietudes artísticas que José Morea Margós, «Pepe Morea», fue capaz de crear en sus sesenta y nueve años de vida.

En esa casa habían siempre tres vacas y cinco cerdas «crioras», y con las crías de estas últimas, los Morea Margós abastecían a tres carnicerías de Chiva; La de Isidoro, la de la Pava y la del Careto. Con dos partos al año por cada cerda, y con diez cochinitillos por cada parto, es fácil adivinar que la infancia de Pepe y sus hermanos fue un constante vigilar las crías, amamantarlas, medicarlas y no sé cuántos trabajos más que los lechones necesitan. Aparte de eso, y por si fuera poco, criaban gallinas lluecas y ponedoras, inglesas, pollos y conejos, todo para consumo de la casa.

A punta de vara de fresno Pepe y su hermano llevaban las cerdas a casa del Tío Cacho, a que las montara el semental. Y también con la «varica», cada lunes y jueves, conducían hasta el matadero a los cerdos que les encargaban desde las carnicerías.

Junto con su hermana ordeñaban las vacas, dos veces al día; por la mañana y por la tarde. Y su madre, la Tía Ana María, vendía la leche en casa, mientras que Rafa, el hermano pequeño, repartía por las casas los encargos habituales.

Los martes y viernes, a golpe de corbella, segaban en el Armajal todo el avío para los animales; Alfalfa, cebada, avena. Y periódicamente se aventaba y se oreaba todo lo segado, hasta que una vez seco se llevaba para casa para consumo de los animales.

Pepe, como su padre, fue ganadero y agricultor. Labró la tierra durante algún tiempo de su juventud con un macho que se llamaba «Navarro», hasta que



En Marjana, año 2011. Foto Paco Caparrós.

su padre, quizá infectado por ese ambiente de estar siempre a la vanguardia, que nunca se sabrá si fue Pepe quien influyó en él, o al contrario, compró el primer tractor que hubo en Chiva y que le propinó muchas críticas de la sociedad chivana de entonces, e incluso de la familia, que por aquellos tiempos entendían que el trabajo debía ser sangre, desvelo y sudor y nada más.

Se compraron también el primer televisor, por lo menos el primero de todo el barrio de Bechinos. Y allí, en la casa de La Torreta, se reunían multitud de vecinos a ver el Festival de Eurovisión, donde eufóricos y brindando con mistela casera, vieron ganar a Massiel y a Salomé, para gloria de la nación. Y también allí, tuvieron ocasión de ver en directo el primer paso del hombre en la luna. Era el año 1969, y a pesar de las críticas, el tío Pepe y la Tía Ana María abrieron sus puertas a todo el que quisiera ser bienvenido a su casa. Ese carácter, esa delicadeza, es la que heredó nuestro pintor. Allí queda aún de testigo la entrada de aquella casa de agricultores, que ahora forma su metamorfosis a museo de arte con mayúsculas.

Sus padres fueron tolerantes con todo y con todos. Y en especial con sus hijos. Respetaban las libertades de cada uno y lo veían todo bien, mientras vieran a sus hijos felices. Una vez su madre le dijo; «Quema el mundo hijo, pero que no se vea el humo».

Pero Pepe tenía miras imaginadas más allá del Alto del Agua Perdida. Compaginaba su duro trabajo de agricultor y ganadero con rastrear la vida y las modas, el arte o lo poco que podía en aquellos entonces descubrir y adivinar, sobre las inquietudes culturales que envuelven prematuramente a los genios.

Empezó a descubrir nuevos mundos en las revistas de la época. Y en tímidos viajes a Valencia al principio de sus escapadas, donde comenzó a codearse con gente muy distinta a la de pueblo. Y fue por eso que desde muy joven empezó a ir siempre por delante de modas, tendencias, novedades o estilos. Siempre a la vanguardia.

Extrañaba a todo el mundo el ver cómo vestía, la música que advertía iba a llegar, lo que él interpretaba como nuevo arte. Y la gente se admiraba porque todo eso, al año siguiente, se convertía en actual y formaba parte del mundo y de la vida de los jóvenes. Pepe siempre era la antesala de todo lo que venía después.

Mientras tanto, se iba forjando la expresión de un artista en ciernes. Pinturas de paisajes, de amorfas formas humanas, de sus primeros auto-retratos y bodegones. Una de sus primeras obras es un paisaje de la casa de las Bairetas y bancales de viña de alrededor. Aún hoy es sorprendente, porque para hacerlo utilizó agua, tierra, boñigas y colorantes.

En la casa de la calle D. Juan, por la puerta que tienen de acceso a la calle de la Olivera, frente justo a «La Torreta», hay un trull (Trullo) bicentenario donde se ha hecho vino durante toda la vida. En ese mismo lugar su hermano se partió el fémur justo el día que a Pepe le llevaban los muebles a Pedralba para casarse, y por esa desgracia, tuvo que retrasarse la boda dos meses. Se casó el 12 de enero de 1975. Su amigo Vicente, al que conoció de la mili, le presentó a una prima suya que, años después, se convirtió en la madre de sus hijos; David y Ana. Desde su casamiento Pepe se fue a vivir a Pedralba. Allí trabajó en lo mismo, pero en una granja con cien cerdas «crioras».

Pepe conservaba la característica principal de los agricultores de toda la vida; siempre hay que llevar algo a casa, todos los días, y así lo hacía. Leña, verduras, fruta, etc. Pero lo más singular era que algunas veces traía piedras, o troncos, todo de formas rarísimas y que a él le llamaban la atención por su aspecto y su figura. Así andaba siempre la casa, llena de fósiles, brancas, cantos, bolos, etc, pintados de miles de formas. Se proveía siempre de tierra, de cualquier sitio y que le llamara la atención por su color, su textura o su composición, pero sobre todas se estimaba más la de las Bairetas, que es muy rica en cuarzo y minerales y por ello tiene muchos colores y brillos. Y las trataba y mezclaba con líquidos que las convertían en pinturas primigenias y con ellas decoraba con figuras amorfas y abstractas dependencias y paredes de la casa; techos, revoltones, la despensa... y en ellas se empezaban a descubrir la semilla de las formas y de las luces de lo que vendría después.

Fruta, tierra, naturaleza, orígenes de los colores y texturas, que los artistas valoran sobre muchos materiales y conceptos modernos, por su naturalidad, por su sencillez.

Paseó sus jóvenes inquietudes por la Fuente de la Parra, por el Pocico Morea y por el Tendero junto a su padre y, años después, con su hermano, cuando se quedaban de semana en la Casica Morea, trabajando en cosechas y en labranzas, en aquellos bancales imposibles, robados a la arriscada naturaleza. Allí, en esas siestas de duermevela descubriría algunos de los misterios del arte, a la sombra y al olor de los pinos. Y en la Cueva Morea, donde compartía lecho con ganados

de cientos de borregas en aquella gruta que trabajaron sus bisabuelos, también, cómo no, agricultores. Pocico, casica, cueva, todo lleva el apellido del pintor, heredado de generaciones dedicadas al secano de una tierra desagradecida.

Nunca le abandonaron, o mejor dicho, él nunca abandonó ni olvidó, los principios y orígenes de donde venía y que le hicieron ser el tipo de persona que acabó siendo, o que siempre fue. Años más tarde, ya consagrado como artista, en sus constantes temporadas que pasaba residiendo en Chiva, y quizá por ese espíritu que te invade con los años como abducido por ese interés de retroceder en el tiempo, y volver a sentir las sensaciones, los olores, las vivencias de la infancia o de la juventud, dedicaba su tiempo a ayudar a su padre, o a sus hermanos, a recoger cosechas, a plantar alguna «garroferica», o alguna olivera en rincones perdidos, para que se aprovechara siempre hasta el último reducto de cada bancal, porque el agricultor sabe que la tierra trabaja sin prisa, pero sin pausa, por eso hay que aprovechar cada palmo donde pueda crecer una planta.

Por esos bancales de la «Cavonda», de las Bairetas, de la Canaleja y del Armajal, allí donde descansa «Mina», su preciosa y preciada perra dálmata. Calzado con sus albarcas y acompañado siempre de algún amigo, acudía en las tardes de verano a la huerta, a por tomates, a por patatas, a por uva, a por lechugas, todo para casa y para compartir con buena compañía, alrededor de una mesa con cervezas frescas y una buena paella.

Ni qué decir tiene que Chiva era su pueblo, y él así lo entendió desde siempre. En 1971 hizo la fiesta de San Roque como Clavario, y lo pilló el toro en la calle de la Olivera, donde recibió una paliza que le llevó el cuerpo magullado y dolorido durante semanas. Y gracias, que la cosa no fue tan grave como podría haber sido. Esa sangre de juventud, Pepe la enjugó por nuestras calles, por nuestros rincones, por sus luces, por sus ocasos, por sus amaneceres, por su gente.

Por eso, siempre que tenía ocasión, mostraba orgulloso su pueblo de Chiva y todo lo que este podía ofrecer a sus amigos de Valencia o de donde fueran; las piedras de «Los Frailes de Oratillos», la Sierra entera, la Fiesta del «Torico», con sus almuerzos, donde acudía cámara de fotos en mano, «La Torreta» y tantas cosas más que le hacían ser perfecto anfitrión y embajador del pueblo.

Con veintinueve años le llega la beca del Ministerio de Cultura y después otras, que ya lo cambian todo. Se deja de ganar la vida como agricultor y empieza a dedicarse al trajín del mundo del arte y de la cultura. Siempre sin dejar de ser Pepe, y sin olvidarse de ser amigo de sus amigos y familia de su familia; de todo aquello que dejaba en Chiva y Pedralba. Pero eso, es otra historia que no toca contarla aquí. Solo puedo decir que tuvo la fortuna, si se puede decir así, de acompañar a sus padres en la despedida, porque en ambas ocasiones Pepe estaba en Chiva disfrutando de días de barbecho y de compañía.

Es en esa casa de la calle de D. Juan n.º 29 (Hoy Jacinta Francés), al lado de «La Torreta», donde se adivina la personalidad de Pepe en todos sus «atobones», rincones, cuadras, «cambras», terrazas y paredes que una vez estuvieron encaladas, hoy duerme y descansa el «trull» del vino, y se conservan las huellas en las roderas de piedra de la entrada, por donde el macho «Navarro» entraba



tirando del carro, cargado con el «forcat», con leña y con cestas de albaricoques, naranjas, verduras o de melocotones. Y allí, en sus cuadras, Pepe Morea sigue ordeñando vacas, y guiando cerdas, y decorando las escaleras, la despensa y los revoltos del techo con mil colores hechos de tierra de cuarzo y con arcilla de las Bairetas. Entre figuras imposibles nacidas de la mente de un genio que empieza a despertar, amante de la naturaleza, de la agricultura y de los animales. Hombre primigenio, puro sentido de la vida.

Allí, en algún lugar de esa casa, aún resuena escondida, para que perdure en el tiempo, la trémula voz de la Tía Ana María cuando un buen día le dijo: «Hijo, quema el mundo, pero que no se vea el humo». Y Pepe prendió fuego a ese su mundo artístico y desde luego que no se vio el humo, solo se vio un agricultor, amante de la naturaleza y de los animales, que reventó arte y vida a brochazos y que vivió y murió (demasiado joven) sabiendo cuál era su sitio en esta tragedia-comedia de la vida. Y siendo, sobre todo, una buena persona; el Pintor, nuestro Pintor, José Morea Margós. ●





***Nada cabe más en
esta mesa, salvo
comensales ávidos de
balas en la cabeza.***







Al menos no tiene goteras

TEXTO: MARCIAL MARTÍNEZ

ILUSTRACIONES: ISBEL MESSEGUER (PÁG.64), JOSÉ MOREA (PÁG. 66 Y 67),
JOSÉ MOREA (PÁG.69)

Hola Morea.
Hace tiempo que no paso por tu casa, desde que no estás, pero estas noches de lluvia me acuerdo de ti y del viejo tejado.
Marcial ¡Tengo goteras! ¡Se rompió el cañizo! o la teja o la canal o se dobla el forjado...Marcial ¿Y las plantas? Son muchas ¿Aguantaré la terraza? ¿Vienes a por algunas?

Empezamos a hablar de tu casa familiar en el estudio de Radio City, por El Carmen en Valencia, recuerdo que entraba cruzando la planta baja del bar y subía a tu taller. Allí entre tus cuadros y dibujos en las paredes, empezaste a contarme lo que querías que fuera tu antigua vivienda familiar aquí en Chiva, en Bechinos. Durante días la medí y remedí con todo el cariño para que te gustara aquel dibujo irregular y caótico, de muros gruesos y líneas a lápiz y tinta. Te gustó al verlo y lo comentamos. Luego, como tenía que pasar, dejaste el plano a un lado para siempre. Cuando pudiste empezaste tu obra, aquella reforma eterna: Entrada, baño, escalera, cocina, patio, corral, taller... La casa de Morea.

Y desde tu casa-taller a mi estudio. Déjame que les cuente a los amigos de ÁTAME aquella historia de hace casi 30 años:

Trabajaba en el Ayuntamiento en aquella fecha. Y se decidió situar la oficina de Urbanismo en la planta baja del edificio municipal. Cerca de la gente. Entrando a la derecha. Y también se propuso darle una imagen más novedosa y menos institucional. Moderna dijimos.

Como éramos pocos en la oficina, se proyectó una sala común, un archivo y un despacho. Suficiente para tres personas fijas, mis visitas semanales y las reuniones de los concejales que se celebraban por la noche fuera del horario laboral. El proyecto consistía en un par de tabiques plegados irregularmente que configuraban estos espacios.

No recuerdo como empezó todo, te pedí colaborar de alguna forma y al ver los dibujos iniciales aceptaste intervenir en la oficina de urbanismo. ¡Por fin Morea en el Ayuntamiento!

Fueron varias noches acompañándote en el trabajo. Las recuerdo divertidas para mí al principio, junto con mis compañeros de estudio, actuando como torpes ayudantes, e intentando ingenuamente aportar algo a tu forma de trabajar, tan intensa y concentrada, como personal, y como nos sonreías para descartar cualquier idea ajena a ti. Mientras que pintabas todo de verde, nos mandabas preparar unos rollos de plástico con los que esbozabas unas tramas de dibujos casi iguales.

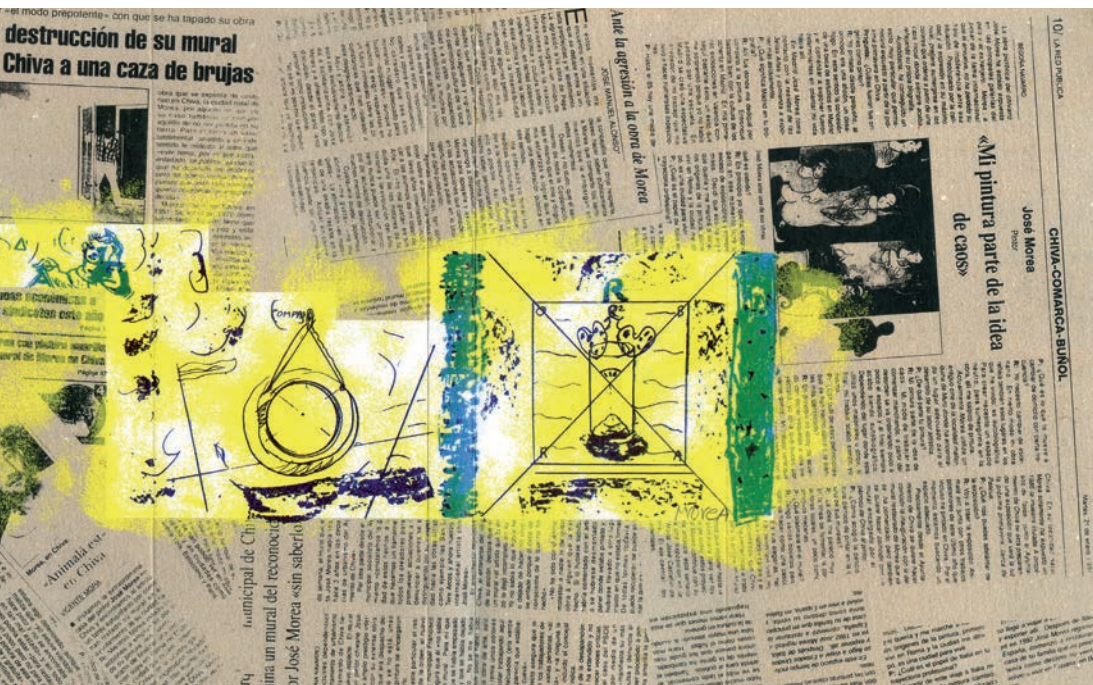


Te ayudabas de reglas de madera para trazar líneas cruzadas sobre los enlucidos, todo era caótico, seis paredes a la vez, hasta que una noche empezaste a detallar con rojos y negros sobre tu «verde morea» y aparecía un compás, un tablero de dibujo, escuadras, diagonales, triángulos, caracolas, archivos, relojes de arena, símbolos matemáticos y letras. Y aquello tomó forma, todo fue arquitectura. Y entre ese mundo de utensilios para construir y proyectar, aparecían grandes letras, una en cada plano, aparentemente sin orden, que deletreaban tu nombre: MOREA.

Durante bastantes días después de terminar tu mural, la gente entraba curiosa por nuestro despacho. Caras de sorpresa, sonrisas, interés por entender tus pinturas. Fueron semanas especiales para mí de satisfacción y complicidad con tu trabajo, y también de agradecimiento a los dirigentes políticos del momento que apoyaron tu mural. No era fácil de entender para muchos de ellos pero sí que aportaron su curiosidad artística.

Meses después vino lo peor. Eran tiempos de cambio político donde entraron a gobernar personas con otras ideas y algunas cargadas con «simbólicas pistolas» exclamando: ¡No me gusta! ¿Pero esto qué es? y la orden inmediata de pintar todo de amarillo o de vainilla o de lo que fuera. Que no quedara nada visible. Y así ocurrió. Un color crema invadió todo el departamento. «Pintaremos esto y luego el Centro de Salud de color salmón, que también es verde, verde Morea» (como literalmente dijo una concejala)

Pero inmediatamente surgió la indignación de la gente, tu protesta pública, la colaboración de la prensa y, pasaron de las frases «no lo sabía», «no estaba



firmado» o «que tenía grietas» que exclamaban los autores de la destrucción, a redactar sus disculpas públicas. La secuencia continua da de artículos en los periódicos y la publicación de serigrafías denunciando «la destrucción del mural» consiguió la restauración de tu obra. Tiempo después volvimos a ver, aunque yo no trabajara allí, tu pintura casi completa. Tus relojes de arena donde corre el tiempo, y los DIAS y el SIDA, donde conviven paletas de pintor, fórmulas matemáticas y obras, tu número PI, y tus guiños de retratos y autorretratos. El arquitecto pensativo con un compás o sobre la pirámide...

Y esa es la historia de aquellos años 90. Con el Centro de Salud de Chiva ni se atrevieron. El Bunker lo llamaban. En aquellas fechas, el proyecto de los arquitectos Pesquera, Ulargui y De Miguel obtuvo un reconocimiento nacional como arquitectura sanitaria y su empleo del color, y de aquella concejala y su tono salmón nada se supo.

Que te puedo contar ahora. Tu casa sigue viva y creo que protege tus pinturas. Este año 2022 en nuestro pueblo te lo dedican, es el año de Morea, y te ponen una plaza, también editan una publicación, programan exposiciones y has conseguido reactivarnos al grupo de ÁTAME para que editemos nuevamente.

Sobre las antiguas oficinas de urbanismo, pues mejor no te lo cuento. Ya sabes que reformaron con unas mamparas blancas de aluminio, y ahora en tus símbolos de arquitectura se apoyan cajas con papeles, tu número PI sirve de aparcamiento de bicicletas, el servidor informático del ayuntamiento —varios ordenadores interconectados y montados sobre un chasis metálico— está ence-



Casa Morea, año 2022. Foto Paco Caparrós

rrado junto a tu simbólica pirámide, y entre trastos y desorden sigue tu mural, entrando al Ayuntamiento a la derecha. No sé qué pensar, en la planta de arriba te nombran hijo predilecto, y en la planta baja... pues al menos no tiene goteras.

Contra las «pistolas imaginarias» se protestaba mejor. Así es nuestro pueblo, un beso Amigo. ●





Morea o el artista a contracorriente

TEXTO: FRANCESC GONZÁLEZ

ILUSTRACIONES: JESÚS POVEDA (PÁG. 70),

ROBERTO MARTÍNEZ (PÁG. 74)

Sin salir de la propia casa, se conoce el mundo. Sin mirar por la ventana, se conoce el Tao del cielo. Cuando más lejos se va, menos se sabe. Por eso el sabio conoce sin viajar, distingue las cosas sin mirar, realiza su obra sin actuar.

Lao Zi. Libro del Tao, (cap. X)

El veintidos de enero de mil novecientos setenta y seis en casa de Pepe y de Sole, en su granja San Antonio de Pedralba, en el tocadiscos se oía «Space Oddity» de David Bowie, un disco que el artista inglés había sacado en 1969, cuando luchaba por encontrar la fama. Dicen que esa canción surgió de la colaboración con otro grande de la música, Elton John y que la casa discográfica apuró su lanzamiento para que coincidiera, nada menos, que con el lanzamiento al espacio del Apollo XI.

Sala de control a mayor Tom / Sala de control a mayor Tom / Toma tus píldoras de proteínas y ponte el casco, decía una de las estrofas de la canción.

Y sí, allí, en aquella casona, acudimos entonces algunos amigos de la mano del poeta Pere Bessó, pedralbino y excelente hacedor de versos. Recuerdo sus paredes blancas garabateadas, a modo de improvisado hecho artístico, por Ana y David, los hijos de la pareja. Le hemos puesto este nombre al niño, por la admiración que le tenemos a Bowie, nos confesó Pepe. En el transcurso de la animada cháchara, el entonces incipiente artista nos mostró una pila de trabajos pictóricos realizados en el reverso de aquellos inmensurables almanaques de los piensos compuestos Sanders, cuyo granulado era utilizado para el engorde de los puercos. Por aquel entonces lo poco que conocíamos del buen hacer creativo de Pepe nos lo había hecho saber Pere en el transcurso de algunas de las tertulias literarias que llevábamos a cabo en Valencia. Durante un buen rato anduvimos recreándonos en las obras que nos iba mostrando y que admirábamos incrédulos. Coged el que queráis, nos dijo generoso, refiriéndose a los dibujos en el inusual formato, y cuando —dubitativos— acertamos a atribuirnos el presente, Pepe cogió un bolígrafo Bic Cristal y nos plasmó una dedicatoria en la parte inferior derecha del calendario convertido en obra artística, que tanto yo como mis amigos aún conservamos. En la mía, aún a pesar de los años transcurridos desde entonces, el trazado del azul aún se sostiene y se lee: Para mi amigo Paco González (22-1-76) Morea (74).

Ocho meses antes, el destino nos había juntado en Chiva coincidiendo con un hecho luctuoso, la pérdida de un amigo común, la del poeta Germán



Casa Morea, año 2022. Foto Paco Caparrós

Gaudisa, que con sólo 29 años nos dejó huérfanos tras habernos asegurado —en una de las visitas que le hacíamos en el Hospital Clínico, en donde se hallaba ingresado, —que lo haría el uno de mayo para jodernos la manifestación (no autorizada) del día de los trabajadores, en Valencia. Y así fue, no erró lo más mínimo. Luego, tras un breve tiempo dirimiendo sobre qué hacer para mostrarle nuestra estima, un nutrido grupo de poetas y de artistas plásticos alumbramos una publicación para homenajearle: «La tierra se siente sólo como una ausencia del mar», en donde en la página 22, en la ilustración correspondiente a Pepe, hay un texto bajo un arco que dice «Tú», y más abajo: «para ti Germán, que nos enseñaste a ser blancos». Unos meses más tarde, y en connivencia con el Instituto Luis Vives de Chiva, en el que Manuel G. Carbonero, otro de los colaboradores, había sido profesor, llevamos a cabo un recital poético con todos esos textos.

Coincidiendo con su segunda exposición en Valencia, tras la que había llevado a cabo en el Colegio de Arquitectos de Valencia y Murcia, volví a tener noticias de Pepe. La pedralbina Concha Daud, pintora y profesora en la Escuela de Magisterio y fundadora del *Equipo Coca*, me hizo llegar un mensaje verbal a través de nuestro amigo común Alfons Cervera con el que me veía a menudo. Morea quiere ver si puede contar contigo, me dijo, para una exposición en una sala de Valencia. Luego supe que se trataba de la *Sala Cite* dependiente del entonces Ministerio de Información y Turismo, ubicada en los bajos del edificio situado en la calle La Paz, contiguo al Parterre. Yo por aquel entonces trabajaba en un estudio de arquitectura y Pepe me requirió para que le reprodujera sus textos manuscritos

—a modo de explicación de la «falla»— en papel vegetal y formato A-1, utilizando para ello la máquina de amoniaco, tan habitual para copiar los planos. Mediante el uso del papel emulsionado, y tras el contacto con el compuesto químico cuyo olor te adsorbía los sesos, la imagen del texto o imagen original aparecía impresa en color magenta. De reproducir sus textos se trataba, y para ello no dudé en hacerlo en esas horas intempestivas en las que los jefes brillaban por su ausencia. En la exposición, a la izquierda de la entrada, Pepe había dispuesto un buzón en cuyo frontis había rotulado: «Sugerencias». Recuerdo la sorpresa final tras el momento de desmontar la obra y los «murales» explicativos. Tocaba abrir el buzón y los que en ese momento nos encontrábamos en la sala dispuestos para ayudarlo, nos arremolinamos en torno a él. El artista hurgó a través de la ranura y no sacó nada, repitió de nuevo la acción y con un pequeño esfuerzo procuró alargar sus dedos en forma de pinza al interior del diminuto habitáculo, contra todo pronóstico saco un billete de cien pesetas con el careto de Romero de Torres y una nota a bolígrafo asida que decía: «Toma, chaval, para que te compres un bocadillo.» Y todos, sin excepción reímos incrédulos ante semejante hallazgo.

Curiosamente, años más tarde, Pepe volvió a utilizar este mismo recurso «explicativo», aunque más sucinto y a modo de cartel divulgador, para la exposición promovida por la Asociación de amigos de las artes plásticas en Quart de Poblet, en donde a buen seguro andaría implicado el profesor y crítico de arte Juan Ángel Blasco Carrascosa. Aún guardo ese texto de su puño y letra hecho en papel vegetal al que yo le añadí en *Letraset* el nombre de Morea, la fecha de exhibición, el horario de visitas y la entidad promotora del evento.

Luego vendría la apuesta por el artista de la mano del galerista pedralbino Vicente García Cervera en su espacio expositivo *Val i 30* de la calle Almirante, la primera galería valenciana de arte contemporáneo en la ciudad de Valencia que se encargaría de visibilizar aún más su obra y de abrirle puertas. Vicente, apasionado del arte y también escritor, fue premio de narrativa erótica de la colección *La sonrisa vertical* dirigida por el universal cineasta Luis García Berlanga. Curiosamente, mucho más tarde, en el año 2002, el galerista se alzó con el «Premio Otoño de narrativa breve» de los *Premios Otoño* Villa de Chiva.

Rememorando estos hechos, no puedo evitar acordarme de la película «Vidas cruzadas» de Robert Altman, adaptación de varios relatos del escritor norteamericano Raymond Carver en donde las historias se entrecruzan por azar o bien a causa de algún acontecimiento que afecta a todos los personajes.

En Chiva, ya como gestor cultural, me volví a reencontrar de manera habitual con Pepe coincidiendo con sus breves y ajustadas permanencias en el pueblo. Uno de mis primeros encargos del entonces concejal de cultura Benito Muñoz y del prolífico «Chiva, Viva» que tanto juego daría, fue la de hacer una carpetilla en la que se incluía una obra pictórica de cada uno de los nueve artistas chivanos, entre ellos Pepe. Obras que, en abultadas cajas de madera, hechas exprofeso, tenían como destino Bytom (Polonia), la ciudad con la que Chiva se había hermanado.

En 1997, tras haber superado un insólito y desagradable episodio con la corporación municipal de su pueblo en donde el artista había llevado a cabo un



magnífico mural, desde la concejalía de cultura de cultura se le propuso realizar una exposición a modo de desagravio. Pepe, como siempre, cogió el testigo y alumbró: «ANIMALÁ EST» en unos bajos que él mismo propuso, situados en la calle Antonio Machado. A través de la Casa de Cultura se gestó la propuesta contando para ello con la colaboración de los denominados objetores de conciencia que por aquel entonces realizaban la prestación social en dicho establecimiento cultural. Se trataba de adherir —mediante el uso de pegamento de barra— una delgada lámina, a modo de cromo, en cada una de las gruesas páginas del catálogo. Creo que acabamos con el estocaje de las papelerías de Chiva. Ahora, ojeándolo de nuevo, en una de las páginas que anteceden a la primera ilustración, hallo una imagen que parece ser una aproximación irónica a mi persona a modo de singular retrato, luego, a modo de dedicatoria dice: «A Francesk González, con estima y amistad. Sep 07 Morea.»

En el año 2005, ocho años después de que el artista hubiera donado una de sus obras a la Iglesia Parroquial, sucede otro hecho insólito: la censura y desautorización por parte del sucesor del anterior párroco, que comporta retirar la pieza pictórica de Pepe de la pared del templo. Como consecuencia de ello, se constituyó la «Plataforma Pro Defensa» en mantener el lienzo en el espacio antes referido. Se recogen firmas en la localidad y se recaban también las del mundo de la cultura y del arte. A consecuencia del todo ello, Juan Lagardera, el entonces director del Club Diario Levante, espacio adscrito al periódico del mismo nombre, se prestó a exhibir el cuadro repudiado. La convocatoria resultó todo un éxito de público y repercusión mediática.

Luego, y durante los quince años siguientes, vendrían otras muchas exposiciones y tránsitos viajeros de Pepe, pero eso se puede consultar en los innumerables catálogos que el artista —a buen seguro—, acumula en las estanterías de su casa y en los fondos bibliográficos de muchos de nuestros museos.

David Bowie, muere en enero de 2016 a los 69 años, Pepe lo hace a la misma edad, en el 2020.

Una de las últimas estrofas de Space Oddity dice:

Aquí estoy flotando alrededor de mi lata / Muy lejos por encima de la Luna / El planeta Tierra es azul /, y no hay nada que yo pueda hacer.

¡Hasta siempre viajero! ●









moreátame